# ASÍ, PUES, NOS TOCA DISCRIMINAR

ESTIMADO hermano, ...*El que quiere amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal, y sus labios no hablen engaño. Apártese del mal y haga el bien; busque la paz y sígala*. (1 Pedro 2:10-11 y véase también Romanos 13:3-4). Nos referimos aquí al artículo que apareció en El Tiempo hace poco (marzo 2006) criticando la discriminación racial, contra los portadores de SIDA, y contra los homosexuales. En fin, el artículo daba la impresión de que no debemos hacer distinciones entre una persona y otra por ninguna razón. Fue un reflejo de la insistencia muy común ahora en el sentido de que todo sea reconocido como válido. La idea parece ser que todo es válido, menos la crítica o el juicio negativo sobre algún comportamiento indebido. Pero el texto citado de Pedro y muchísimas otras citas de la Biblia, destacan la realidad del juicio de Dios. Él sí discrimina entre el justo y el impío.

Obviamente los que quieren prohibir toda discriminación no son consistentes. Niegan distinciones mantenidas a través de los siglos, especialmente en su desafío a la ortodoxia en dos campos:

1. La autoridad. Quieren librarse de imposiciones de padres, religiosos, etc.
2. La moralidad sexual. Cada cual, dicen, debe tener el derecho de vivir a su gusto en esto.

¿Será que pronto otros de los diez mandamientos resultarán cuestionados y desechados? Los de la primera tabla de la ley, los deberes del hombre para con Dios, ya han sido desechados. Pero en los de la segunda tabla, nuestros deberes para con el prójimo, quizás no sea tan fácil, pues en estos puntos el hombre egoísta no cede sus propios derechos, relacionados con su bienestar personal.

Así, pues, nos toca discriminar. Sí, tenemos que ser corteses con los que cometen comportamientos pecaminosos. Tenemos que buscar que oigan las buenas nuevas de Cristo. Con ellos, claro, tendremos contacto, pero sólo en algunos contextos y con ciertos fines, como es buscando corregir su situación anormal. 1 Co. 5:9-11.

¿No debemos discriminar contra los homosexuales? ¿Los adúlteros? ¿Los drogadictos? ¿Los que tienen lepra? ¿Hepatitis? ¿Los que pasan en rojo los semáforo?... ¿Cuál debe ser la norma para determinar valores?

A este respecto escuchamos muchas veces la respuesta de que la vida privada de una persona no afecta a otras personas. Pero no es así. El adulterio, por ejemplo, causa daños incalculables a la sociedad en general.

En una sociedad pluralista, reafirmamos absolutos en cuestión de valores, derechos, deberes, juicios, sanciones y convivencia, los cuales son la medida para todo:

1. Solo hay un Dios; no hay más.
2. Este Dios se da a conocer en su creación, en su Providencia y en su Palabra, la Biblia.
3. La Biblia declara la voluntad de Dios para sus criaturas y el fracaso del hombre, es decir, el pecado que trajo culpa, condenación y corrupción.
4. La Biblia declara la respuesta para la situación trágica del ser humano. Esta es de Dios, mediante Jesucristo y el Espíritu Santo.
5. La Biblia declara que esta respuesta recibida por la fe en Jesucristo lleva a la obediencia de corazón a Dios, de acuerdo con su ley.
6. La respuesta de Dios, y su efecto, exigen que haya conocimiento de la Biblia correctamente interpretada y asimilada en el poder de Dios mismo, quien es su autor.
7. Esta respuesta de Dios y esta norma moral son las mismas para todos los hombres, en todos los lugares, siempre.

Sin esta norma absoluta, la Biblia, la Palabra de Dios, no existen soluciones adecuadas. El pluralismo produce la desgracia del mundo que ha existido siempre y que experimentamos de manera especial ahora, la violencia, la corrupción, la injusticia y la miseria.

Reconocemos que no podemos obligar a nadie a someterse a la Voz de Dios. Su aceptación es voluntaria (por ahora). Dios, en su gracia, hace que su pueblo quiera someterse. La aceptación de la norma absoluta de Dios produce conocimiento, propósito, armonía, progreso, libertad, y felicidad.

¿Qué pueden hacer los cristianos para convencer a los pluralistas del error de su relativismo? Pues, como siempre, hablemos la verdad. Expliquemos nuestro punto de vista con todos los argumentos posibles. Sobre todo oremos, pues nuestro Dios en su gracia común es poderoso para mantener su verdad para el bien de su mundo y la gloria de su nombre. Entendemos que en su gracia especial, da un corazón nuevo a quienes Él quiere. Entendemos, sin embargo, que en su sabiduría y justicia, a veces Dios abandona a una sociedad que insiste en la insensatez. En esos momentos, indudablemente la iglesia sufre, pero aun sufriendo, sigue sirviendo al Señor en todo lo posible. Sal. 49:5. *¿Por qué he de temer en los días de adversidad, Cuando la iniquidad de mis enemigos me rodeare?*